

le vió desempeñar con lucimiento las cátedras de química en la Escuela de Medicina, en la de Minería, en el Gimnasio Industrial en 1845, en el Colegio de San Gregorio en 1852, en Bellas Artes en 1863, en la Escuela Preparatoria desde 1867 y, por último, la de química analítica en la de Medicina desde 1868.

Dice uno de sus biógrafos, el Sr. Don Gabino Barrera: «Lo que absorbía siempre y de preferencia su atención era la ciencia de Bertholet y de Lavoisier, y muy especialmente las complicadas, minuciosas y precisas operaciones de la análisis, cuyas manipulaciones ejecutaba con una delicadeza y una probidad científica intachables, no perdonando precaución ni medio alguno por insignificante que pareciese, con tal que él pudiese contribuir á garantizar la exactitud del resultado. El soplete, por el que tenía particular predilección y en cuyo manejo procuraba siempre adiestrar á sus discípulos, era en sus manos una verdadera caja de reactivos, ya oxidando, ya reduciendo, ya volatilizandó las diferentes substancias á voluntad, y preparando siempre una análisis que los otros reactivos sólo tenían las más veces que confirmar.

«Cuando llegó á adquirir esa profunda versación en las manipulaciones prácticas; cuando se hubo asimilado todo lo que la ciencia había adelantado hasta entonces; cuando en el silencio de su gabinete y en medio de los utensilios y aparatos de su laboratorio, se consideró suficientemente preparado para su importante misión, comenzó con el entusiasmo de un apóstol y la abnegación de un héroe, aquel trabajo de propaganda científica que constituye su principal título á nuestra gratitud.

«La difusión del gusto por los estudios químicos y sus numerosas aplicaciones se debe, entre nosotros, á Río de la Loza. Él fué el primero que comenzó á quitar á ese estudio el carácter misterioso, y por decirlo así, ese tinte alquimista de que habían quedado impregnadas todas sus operaciones y todos sus resultados: él fué el primero que presentó los últimos como consecuencia de leyes invariables, y las primeras como condiciones lógicas de esas mismas leyes.

«Durante ocho años, en su laboratorio privado, y haciendo casi siempre él mismo los gastos necesarios para sus demostraciones, se dedicó á difundir entre sus discípulos particulares los sólidos conocimientos que había almacenado en su bien organizado cerebro. Sus lecciones fueron siempre una escuela práctica de la más completa